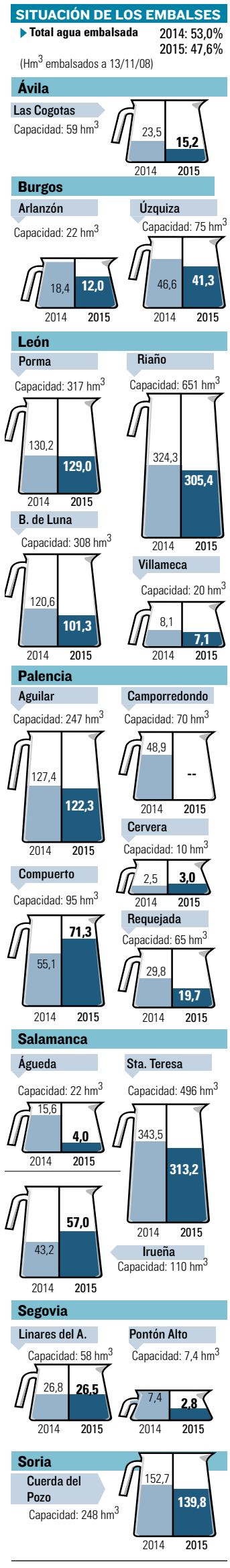
CAMPO



Una alternativa biológica en la lucha contra los topillos

Roedor El GREFA desarrolla desde hace seis años un proyecto de control con la ayuda de especies depredadoras que está «estabilizando las poblaciones»

ANTONIO GARCÍA

Hace siete años varias provincias de Castilla y León vivieron una situación muy complicada como consecuencia de la plaga de topillos que afectó a numerosas explotaciones agrícolas y provocó una crisis sin precedentes, que obligó a utilizar determinados productos para controlar la 'invasión' de estos roedores.

Fruto de aquella crisis, el Grupo de Rehabilitación de la Fauna Autóctona y su Hábitat (GREFA) puso en marcha en 2009 un proyecto encaminado al control biológico de este tipo de plagas, mediante la introducción de especies depredadoras como el cernícalo vulgar y la lechuza común.

Desde entonces, este colectivo, en colaboración con numerosos colectivos como la Fundación Biodiversidad, el Instituto de Investigación en Recursos Cinegéticos, la UVA, el Itacyl, las Opas y la Federación de Caza de Castilla y León, entre otros, han instalado en seis provincias de la Comunidad en torno a 1.300 cajas-nido.

Se trata de una estrategia alternativa al uso tradicional del veneno como método para controlar estos roedores, ya que su utilización hace que ese mismo producto pase a los depredadores, que también lo incorporan a su organismo, tal y como explica el técnico de GREFA y coordinador del proyecto, Carlos Cuéllar.

Según señala, el uso de venenos en aquel momento para tratar de controlar la expansión cada vez mayor de los topillos provocó «una debacle medioambiental que afectó a especies protegidas» mediante el uso de la bromadiolona, el producto que sustituyó a la clorofacinona, finalmente prohibido por la Unión Europea.

Cuéllar señala que la bromadiolona es un rodenticida «anticoagulante de uso legal», que provoca la «muerte lenta de los animales», lo que hace que estos roedores «estén más expuestos a los depredadores», que por ello pueden incorporar el veneno a su organismo.

Para tratar de impedir que esto suceda, GREFA puso en marcha en 2009 este programa que ha repartido estas cajas-nido en las provincias de Burgos, Segovia, Ávila, Valladolid, Palencia y Zamora.

En Burgos se han situado en la bodega del Bosque de Matasnos, en el municipio de Peñaranda de Duero. En Ávila se han colocado en El Oso, mientras que en Palencia se han elegido las localidades de Boada de Campos, Autillo de Campos, Osorno y Villarramiel.

En la provincia de Segovia se han colocado estas cajas-nido en Aldea Real, Escalona del Prado, Olombrada y Montejo de la Vega y en la de Zamora, se han situado en San Martín del Valeraduey y en Almeida de Sayago.

Los lugares seleccionados en Valladolid han sido los municipios de Rueda, Medina del Campo, Nava del Rey, Piñel de Abajo y Villalar de los Comuneros, donde se inició esta experiencia cuyos resultados están siendo positivos, ya que, además de lograr un grado de ocupación alto de estas cajas-nido, es un sistema «respetuoso» con el medio ambiente, mediante pequeños habitáculos situados a cuatro metros de altura.

> «Lo normal es que haya cinco o diez roedores por hectárea frente a los 200 en las plagas»

Carlos Cuéllar, explica que a partir de los años setenta, en Castilla y León se produjo una «gran transformación agraria», apostando por el regadío o el cultivo de plantas forrajeras como la alfalfa. Esta decisión «favoreció la proliferación del topillo campesino», responsable de las plagas que ahora se producen de forma cíclica en los campos de la Comunidad. Aquella apuesta ha tenido estas «consecuencias» que ahora se tratan de paliar de manera más natural con este proyecto que ha elegido para la instalación de estas cajas-nido algunas de las zonas más deforestadas de Castilla y León para ubicar estos habitáculos.

En lugares como Osorno o Villarramiel, en Palencia, el nivel de ocupación se sitúa en torno al 90%, constatándose en estos lugares «una importante actividad depredadora», tal y como se ha podido comprobar con una «montaña de topillos» en el entorno.

Según Cuéllar, una pareja de cernícalos en periodo de cría puede llegar a consumir unos 700 topillos, mientras que con las lechuzas esa cantidad asciende a 900 ejemplares de estos roedores.

La apuesta realizada hace más de seis años empieza a dar sus frutos, ya que a juicio del coordinador del proyecto, con este tipo de actuaciones se ha conseguido «estabilizar las poblaciones de topillo», sin llegar a erradicarlo, que no es el objetivo final. Lo normal es que existan entre 5 y 10 individuos por hectárea, frente a una media de 200 que se contabilizan durante los periodos de las plagas. Lo ideal, es que no se produzcan esos «cambios tan acusados».

Carlos Cuéllar no se atreve a decir cómo irán las cosas este año, ya que este tipo de situaciones están en función de factores relacionados con la meteorología, pero hasta el momento, todo parece estar «estable». Entre los colaboradores con esta iniciativa figuran el Ministerio, la Diputación Provincial de Segovia, el CSIC, WWF España y Fomento y Medio Ambiente de Castilla y León.

Los nidales se han instalado en linderas, arroyos y cunetas. / E.M

Se han diseñado varias zonas experimentales con unos 1.300 nidos. / E.M.